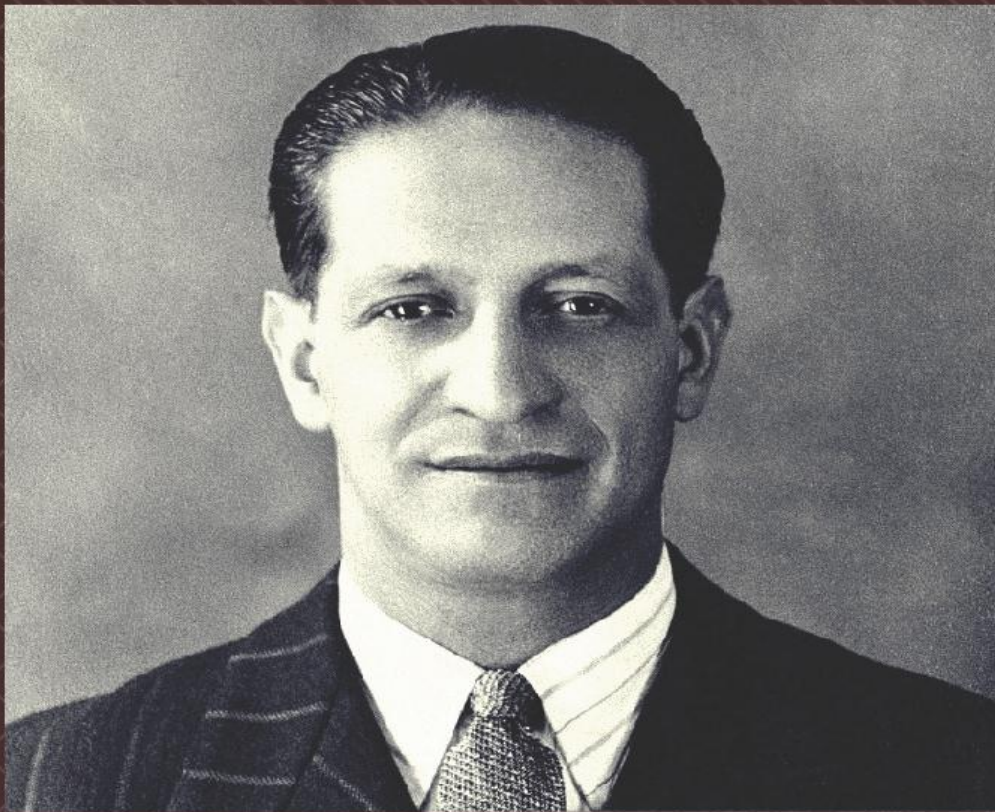


GAITAN Y LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE



Teatro Municipal
1943

Gaitán
y la Revolución de Octubre

Presentación

En la década del veinte algunos colombianos empezaron a hablar de socialismo: de socialismo revolucionario, de la toma del poder, de la explotación de la clase obrera, del proletariado, de marxismo-leninismo. En Rusia los soviets habían destruido siglos de despotismo ultra terreno y de atraso material. El mundo, a partir de 1917, ya no era el mismo. Otros hombres y otras mujeres, en lejanas latitudes, en diversos lugares, se mostraban esperanzados, era posible cambiar el curso de la historia.

Mientras tanto, nuevas ideas inspiraban movimientos, grupos de estudio, discusiones. Sobre todo discusiones, con Lenin a la cabeza. También con Bujarin, con Trotsky, con Gorky, con Marx. El marxismo había dejado de ser una devastadora disección del capitalismo decimonónico y se convertía en doctrina de Estado. Para bien o para mal –según como se mire– estaba en el poder.

Y aquí, en un país agrario, atravesado por un lento pero sostenido crecimiento industrial, obligado a recurrir al mercado internacional de capitales para financiar su desarrollo interno, un puñado de pioneros se ponía a la descomunal tarea de organizar la protesta social con el objetivo de hacer la revolución. Y en esos mismos años, unos hombres, para quienes no había fronteras, pues todos éramos un sólo continente, un sólo haz de voluntades en el camino de seguir el ejemplo de los soviets, llegaron a Colombia dispuestos a dar su vida por la emancipación universal. Fedor Tiednowsky, Silvestre Savitsky, Vicente Adamo, Nicolás Gutarráⁱ, eran cruzados de la causa revolucionaria, inmigrantes que se quedaron en estas tierras porque, al no existir límites territoriales, Colombia también era su patria, un vasto escenario donde la miseria tenía que ser desterrada. Formaron grupos obreros, alentaron huelgas, participaron en mítines, adoctrinaron, complotaron. Promovieron interesantes debates con otras personas también colmadas de euforia (Luis Tejada, José Mar, Luis Vidales, Moisés Prieto)¹ Trabajaron hombro a hombro con los ferroviarios, con los artesanos, con los inquilinos, con los trabajadores de la industria.

En los años veinte Colombia, a pesar de estar signada por la hegemonía del Partido Conservador y por una sociedad férreamente regimentada, era un hervidero de inquietudes, de

¹ Eastman, J y Mejía G. Comunismo, socialismo y anarquismo en Colombia. Mimeo. 1984

clamores, de consignas, de exigencias. Un nuevo campo de interrogantes se abría paso en un ambiente que presagiaba tumultuosas luchas y agrias polémicas. La vieja práctica política se vería desbordada por la irrupción de la muchedumbre.

Jorge Eliécer Gaitán, a la sazón aprovechado estudiante de Derecho, culminó su carrera con la tesis de grado Las ideas socialistas en Colombia. En dicho texto demostraba, bajo la inspiración de los conceptos más penetrantes del marxismo, que nuestro país era territorio fértil para la instauración de la sociedad socialista. Era una reflexión original, en la que se vislumbraba una visión distinta de la realidad, el preludio de victoriosas jornadas y de terribles angustias: el gaitanismo, proyecto histórico del pueblo colombiano.

En 1928, después de dos años de permanencia en Italia, Gaitán llegaba a su patria precedido de un gran prestigio académico –su trabajo El criterio positivo de la premeditación, había recibido la distinción magna cum laudem y, además, revolucionado el derecho en materia criminal– y de una observación minuciosa del fenómeno italiano: la psicología del pueblo, el inconsciente colectivo, las técnicas de movilización de masas, la articulación de un “teatro político” que entroncaba en los valores de las gentes. En síntesis, había visto al fascismo como la utilización política de la cultura italiana.

En el mismo año de su regreso, Gaitán, en varias intervenciones públicas, hizo un profundo análisis del Estado fascista, de su naturaleza violenta y guerrera, de su nacionalismo agresivo, de su concepción racista y biológica del hombre, de su esencia despótica, autoritaria. Las grandes conmociones sociales de su tiempo ocuparon las inquietudes del dirigente popular. Las abordó de manera creativa, para culminar siempre en la realidad colombiana. En el caso italiano su reflexión se orientó hacia la tradición cultural de ese pueblo. En el hecho histórico de la revolución bolchevique sus preocupaciones se dirigieron a discernir un problema vital para nosotros y para la sociedad que quería Gaitán: si la Revolución Francesa conquistó la democracia política, en oposición al Estado y a la sociedad feudal, cómo lograr la democracia económica sin cancelar las libertades públicas.

Para el caudillo socialista, el desarrollo material de Occidente, la consolidación de los monopolios y de los omnipresentes trust industriales, terminaron por convertir en algo abstracto la igualdad, la legalidad y la fraternidad. Al comparar tal situación con lo existente en la Unión Soviética, concluía que pueden existir órganos dictatoriales con función democrática, así como hay órganos democráticos con funciones antidemocráticas. En el primer caso están las instituciones soviéticas, las cuales, en concepto de Gaitán, son más justas de aquellas que, en lo formal, proclaman la igualdad ante la ley, pero en la práctica terminan consagrando los privilegios heredados; las prebendas de las castas oligárquicas.

La Revolución de Octubre era un ejemplo para el mundo, y los colombianos, sus nuevas generaciones, no podían ser indiferentes ante esa transmutación histórica. Así vio Gaitán la gesta del pueblo ruso, y de ella planteó conceptos políticos vigentes en la hora actual.

Desde aquellos días de la hegemonía conservadora, Gaitán fue un pensador que tuvo como objetivo último de su existencia la victoria del pueblo. Ante ese destino, construyó un proyecto orgánico de sociedad: el gaitanismo. Ahí radicó su enorme acogida y su abismal diferencia con

respecto de los intelectuales revolucionarios de la época. Estudió a Marx, pero le dio una dimensión acorde con nuestra situación económica y política; vivió de cerca el fascismo y la cultura italiana, y sacó conclusiones decisivas para la formación de su movimiento de masas; abordó con entusiasmo la Revolución bolchevique y de ella hizo una interpretación original, siempre entroncada en nuestro suelo. Creó, pues, un sistema de pensamiento, mientras que sus contemporáneos se limitaron a la exégesis de un modelo para incorporarlo a la lucha revolucionaria, dejando por fuera algo inapelable: los sentimientos de la muchedumbre. Ese olvido en el presente aún cobra el precio altísimo de la escasa audiencia dentro de los sectores que, precisamente, conquistó Gaitán: el pueblo liberal y el pueblo conservador. "Las mayorías olvidadas de Colombia".

Han pasado ya cien años desde el día en que el Palacio de Invierno dejó de ser el símbolo de un poder omnímodo y se convirtió en el escenario de una transformación histórica decisiva para el mundo. A lo largo de ese tiempo muchas cosas, favorables y desfavorables, han ocurrido: la Gran Guerra Patria que costó millones de vidas, pero que derrotó, en heroica lucha, a las huestes hitlerianas; el estalinismo, la carrera armamentista, la ortodoxia ideológica; la burocratización; el acelerado desarrollo industrial y científico.

El proceso iniciado por Mijail Gorbachov desembocó en la disolución de la Unión Soviética y hoy las repúblicas que la conformaban se desenvuelven en sus propios procesos políticos. Situación que verifica los enunciados analíticos realizados por Gaitán en el presente texto y su propuesta de avanzar hacia una democracia directa de componentes firmemente enraizados en nuestra cultura. La democracia política y la democracia económica son dos realidades que pueden convivir en un mismo territorio. Esto es, en suma, lo que Gaitán planteó en su conferencia Rusia y la democracia, como una de las bases esenciales de la sociedad que el gaitanismo iría a construir con su victoria.

Durante su parábola vital Gaitán fue atacado por indocinador, por populista, por reformista pequeño-burgués, y quienes así lo fustigaban -fuera de la burguesía liberal y conservadora- eran los comunistas, que veían pasar ante sus ojos el estrépito de los desarraigados dispuestos a derrotar al sistema bipartidista y las iniquidades del capitalismo. Hoy, por paradojas de la historia, las palabras contenidas en Rusia y la democracia están a la orden del día en un país donde también se está dando la lucha entre un hombre visionario y un grupo de dirigentes que anteponen la inmovilidad a la fuerza incontenible de la voluntad humana.

RUSIA Y LA DEMOCRACIA

Teatro Municipal

Bogotá - 1943

El preconcepto o quiste sicológico

Comprendo que esta conversación mía requiere ante todo unas previas explicaciones. Se refieren a un hecho no siempre tomado en cuenta y, sin embargo, de trascendencia para la comprensión de ciertos fenómenos sociales. Acabo de emplear la palabra fenómeno y así diré que fenómeno es el hecho externo y éste puede ser estático o dinámico. El hecho externo, eso que llamamos fenómeno, incide sobre nuestra conciencia, y entonces se crea en nosotros una idea sobre él. Este proceso sería elemental y fácil si no tuviese tantas complejidades de orden antropológico o humano. ¿La recepción que los hombres hacen del hecho, de los fenómenos, es una recepción imparcial, impersonal, querida o, por el contrario, hay una serie de fuerzas antecedentes y concomitantes que hacen que al llegar a convertirse en idea, no sea la realidad misma externa, sino que esté, por así decirlo, teñida de nuestra propia personalidad? Tenemos en primer lugar el hecho sicológico en sí. Yo tengo una idea, es decir, encuentro que sobre esta mesa está este vaso. He ahí la idea.

Pero la psiquis encuentra diversidad de fenómenos reales y externos, y percibe no sólo el vaso sino el jarrón, el libro. Adquiere una serie de ideas diferentes y por ser ideas diversas sobre fenómenos diversos, se produce el contraste, valoración necesaria de las diversas cualidades esenciales que caracterizan cada uno de esos fenómenos. Entonces el choque o la comparación de esas diversas ideas entre sí es lo que solemos apellidar un concepto, o sea la extracción de la sustancia o cualidades esenciales que diferencian un fenómeno de otro fenómeno. Pero el proceso no se detiene ahí. Hay un momento en el cual los hombres comparan estos diversos valores conceptuales, los enfrentan unos a otros, y entonces tenemos lo que se llama el razonamiento y ya estamos en el plano de razonar. Ese proceso que va de la idea al razonamiento no es absolutamente nuestro sino que, por el contrario, ha habido una serie de procesos anteriores, de procesos históricos, que han ido grabando en la

conciencia de los hombres determinadas ideas, determinados juicios y determinados razonamientos, a punto tal que ellos se hacen herencia por medio de las costumbres sociales, se truecan en hábito mental, que llega a traicionarnos desde el oscuro fondo de la subconsciencia, para impedirnos ver nítida y claramente el hecho externo. Tenemos una personalidad, tenemos un medio en el cual nos movemos, tenemos unos antecedentes históricos y todos ellos limitan, determinan la posibilidad de nuestro razonamiento y hacen que se forme esa especie de quiste psicológico o preconcepción que impide que el hombre localice con plena realidad real el acontecimiento que se le presenta.

Ha sido necesario un sacudimiento profundo de las realidades, casi diría patológico en la previsión de lo posible, para que la humanidad vuelva sobre sus propios prejuicios y se encare consigo misma, para preguntarse si esa Rusia cruel, salvaje, bárbara, hambrienta, desnutrida, de que nuestro prejuicio nos hablaba, es la misma Rusia heroica, grande, técnica y admirable que todos vemos ahora.

La propaganda: sugestión diabólica

Hay un hecho que os revela la necesidad de ponerse en guardia ante uno mismo, antes de ponerse en guardia ante los demás, si se quiere conjugar con exactitud la apreciación y el valor de las cosas humanas. Ese fondo histórico que, sin nuestro querer, gravita en nosotros, esa acumulación de ideas que tornan a convertirse en sentimiento, ¿no es acaso la materia o elemento primo del cual se ha servido el diabólico instrumento que llamamos la propaganda y que el genio del nazismo ha llevado a sus últimas gradaciones de perfección? ¿Para convencer a los hombres? No, porque no se convence sino por el camino de la idea, por el camino del juicio. La propaganda tiende a sugestionar, a arrastrar tras sí a las multitudes, no en razón de la ponderación y del valor de los hechos, sino despertando el fondo subyacente de la vida histórica, de la vida de los prejuicios, de los afectos y de los instintos.

Esa diabólica propaganda os hizo creer un día que la Italia del fascismo era la Italia de la grandeza, de la fuerza de la victoria, cuando no era sino la Italia de la mentira, de la traición, de la negación de la historia insigne de Italia, la verdadera y eterna.

Al lado de esa propaganda –y ved hasta dónde es artera, porque sugestiona en vez de convencer– vosotros teníais otra idea, no provocada por análisis sino por la sugestión. La mayor parte de los que ahora me escuchan creyeron en la impotencia de la Rusia presente.

El fenómeno ruso y el ideal comunista

Yo no voy a referirme a la Rusia conceptual o ideal, sino a la Rusia fenómeno o hecho. ¿Por qué esta distinción? Es obvia y es clara. El fenómeno, el hecho externo, o lo que es igual, la revolución aplicada, es un proceso que no lo realiza el libre querer del hombre.

La revolución revela la conciencia de los hombres en un determinado momento histórico. Fenómeno complejo, hondo en virtud del cual las acumulaciones de la técnica, de la economía, de los sucesos, de las posibilidades psíquicas, etc., van acumulándose hasta producir cambios y transformaciones profundas en el camino histórico de un pueblo. Hay un momento en que ese proceso externo explota y se delinea. Suele formarse con frecuencia la causa por el efecto. Quienes hablan de la Revolución Francesa dicen que ella se inició el día en que los descamisados salieron a tomar la Bastilla. No. La revolución ya se había producido. Era un viejo proceso histórico que tuvo su explosión en aquel momento. Las revoluciones, como los grandes fenómenos, como la vida y la muerte, no se deben a programas de personal albedrío.

Hay un momento en el cual existe un desajuste, por así decirlo, entre el proceso objetivo o fenómeno y la conciencia de los hombres. Lo cual quiere decir que se le pueden hacer programas para la ejecución de una revolución, pero que las revoluciones se realizan con el querer, sin el querer, por bajo del querer o por encima del querer de los hombres.

Ese proceso histórico; es decir, el fenómeno externo, no conoce sino dos dimensiones: el presente y el pasado. La Revolución Francesa en su época era, como fenómeno, el actuante en ese momento dado y el actuante en los períodos anteriores. Pero no sucede lo mismo con el espíritu humano que elabora el concepto o el ideal. El ideal tiene tres dimensiones: el hombre mira el hecho en el pasado, lo mira en el presente y tiene una cualidad, de la cual carece el fenómeno, y es que puede proyectarlo idealmente en el porvenir. Tomados los valores externos por un proceso de inducción y deducción, el hombre se anticipa conceptualmente, traza un plan futuro. Del olvido de lo anterior se deriva un error que encuentro muy frecuentemente repetido por quienes analizan el fenómeno actual de Rusia.

Un hombre del alcance mental de Becker, en obra por demás perspicaz, nos habla de la discordancia o de la traición que la forma actual de gobierno soviético representa con respecto a la revolución comunista. Y en esta tribuna, honrada por maestros de la palabra, habéis oído también hablar de las rectificaciones de la revolución comunista. Traigamos ahora las consecuencias del hecho observado. No es posible, en cuanto a la línea de los fenómenos, saltar etapas a voluntad. El proceso de las revoluciones es eminentemente evolutivo. Puede el concepto de los hombres volar por encima de los determinantes históricos y de las necesidades de un momento. La naturaleza y la historia no realizan esos saltos.

La revolución rusa la tenemos que analizar desde el punto de vista del fenómeno, sin que el examen de lo que es el hecho actuante nos pueda autorizar para decir que es una rectificación del concepto o de la doctrina. El fenómeno ruso de hoy es uno, el ideal comunista es otro. Pero que el fenómeno soviético actual no haya consumado o realizado el pensamiento comunista no quiere decir, para quien intelectualmente analice las cosas, que haya traicionado el concepto comunista. Si la tesis contraria se aceptara, habría que admitir como norma sin excepciones que toda la revolución ha sido traicionada. ¿Acaso la revolución liberal democrática del 79 corresponde, después

de los siglos que lleva, al noble y grande ideal que la guio, que la impulsó? ¿Acaso el pensamiento de sus filósofos, el grito de sus tribunos, la sangre vertida por sus descamisados, le dieron a la humanidad la igualdad, la libertad y la justicia que la iluminaron? Aún vivimos sin la igualdad, en mucho vivimos sin libertad, y vivimos bajo el dominio de la injusticia.

Las fronteras ideológicas subsisten

Analizando el problema por otro aspecto, tenemos en la actualidad uno de los momentos dramáticos de la humanidad. En ese desajuste de que hablamos entre el proceso histórico y la conciencia hay dos tipos de hombres con sus correspondientes matices y sus divisiones. Hay hombres receptivos, filoneístas, de sensibilidad fina para la hora histórica del momento, que son capaces de vencer su prejuicio, de enfrentarse con el acopio atávico y herencial de su subconsciencia. Pero también hay hombres que por temperamento, por constitución de su personalidad ante la vida nueva, ante el fenómeno que aconseja, ante el sentido fenómeno nuevo, se quedan anclados en su propia conciencia. El río de la historia corre pero ellos aman demasiado su puerto. Es este, por definirlo así, el tipo de hombre conservador, misoneísta, que anda temperamentalmente desajustado con el proceso histórico. Por eso, en algún reciente reportaje, me permití hacer referencia a una teoría que ahora deambula de boca en boca sobre la cancelación de las fronteras ideológicas de un pueblo. No. En lo que verdaderamente tengan de valor ideológico, no es posible borrarlas, ni nunca se han borrado, porque corresponden a dos grandes temperamentos, a dos grandes creaciones históricas, a dos grandes perspectivas intelectuales. Y es precisamente en el choque de la fuerza que detiene y de la energía que impulsa, en donde se avizora la chispa creadora de la transformación de las edades históricas y donde se nutren las nuevas conquistas de amor, de bien y de verdad.

¿Cuál es la hora que nosotros vivimos, cuál es la democracia que defendemos y que queremos? Hay quienes sueñan que esta guerra, que tanto dolor, tanto heroísmo y tanta sangre ha costado, sólo va a servir para que el mundo quede en sus viejos trazos, en el abolengo de la iniquidad económica, en su vieja simulación democrática, y ellos esperan que nada va a cambiar sobre el haz de la tierra. Hay otros, y aquí la enseñanza de Wendell Willkie en su libro *Un Mundo*, que piensan que de nada valdrían las batallas ganadas en la lucha heroica que las naciones aliadas sostienen, si no vinieran nuevos hombres y nuevas doctrinas. ¿Será, por el contrario, que nos encontramos hoy ante uno de esos cataclismos cíclicos de la historia de la humanidad? Un día la más extraordinaria de las civilizaciones, la griega, entró en decadencia y se hundió. Y hubo otro ciclo histórico que se llamó el imperio romano, y el imperio romano tuvo su decadencia y se hundió para darle paso a otro nuevo ciclo. La Edad Media cumplió su curva histórica y se hundió. Y hundida la Edad Media vino el gran poder de las monarquías, cumplió su función y se hundió en la historia. De ahí nació la revolución de la burguesía que engendró el proceso de lo que llamamos la civilización capitalista o de la libre concurrencia.

La decadencia de la moral como síntoma

Yo no puedo hacer ahora –sería una erudición tonta, porque de todos son conocidos los hechos– la enunciación anecdótica para comprobar que todas esas civilizaciones, o los momentos precursores de su conclusión, han tenido siempre una característica: su profunda decadencia. Encontraré como característica un gran relajamiento de las fuerzas de la moral social.

Tendré que dar, también fugazmente, la razón. Es lógico que sea este relajamiento el que primero sirva de preludio al periclitar de los ciclos históricos. Porque la moral comienza por ser una exigencia de hecho. Un día, el calor, el agua o el frío obligan al hombre, que no tenía la conciencia sobre la inmoralidad de la desnudez, a cubrirse. Pero ese hecho determinado por exigencias vitales, se repite, se hace costumbre, se hace hábito; es decir, se extiende en el tiempo y en el espacio. Ese hábito que Pascal llamaba la segunda naturaleza, y que, como él advierte, no es en el fondo sino la primera, porque toda segunda naturaleza se hereda de una primera, tiene su reflejo sobre la conciencia. Hay un momento en que se hace conciencia, toma la forma de una norma de conducta, se hace, en una palabra, moral de la vida. Nació del fenómeno y evolutivamente se transformó en concepto, cuando esa conciencia o concepto, por la necesidad se transforma en derecho. ¿Pero qué he querido probar con esto? Simplemente que la moral representa un valor histórico, primario o fundamental de la especie. No es un accidente. Un discurso se improvisa, una nueva concepción ideológica del mundo puede ser presentada por quien tenga genio para ello, aun cuando no sea verídica. Un nuevo teorema, una nueva modalidad del arte, una nueva concepción de la ciencia, pueden tener carácter fugaz. Pero no podemos afirmar lo mismo de la moral, ni del derecho, que no es sino una de sus graduaciones.

Cuando nos encontramos en la decadencia del proceso romano, de la Edad Media, del Renacimiento o de las Monarquías absolutas, ante un desmoronamiento profundo de la moral colectiva, es porque claudicaba en ellos lo que hay de más hondo y permanente en los valores de la vida histórica. Y por eso erramos al afirmar que la inmoralidad acabó con aquellas civilizaciones. No, la inmoralidad era apenas el índice de que se estaba clausurando internamente el ciclo histórico de cada una de aquellas civilizaciones. La inmoralidad colectiva no era la causa sino el síntoma.

Y así diremos hoy: no es que la falta de moral esté minando este ciclo de civilización que hemos convenido en llamar capitalista, es que el mundo capitalista está minado por dentro y por eso tiene el índice de la inmoralidad.

La moral de los pactos

¿No es acaso ese desdén por las normas de la conducta moral y jurídica lo que ahora en el mundo actuante prevalece? ¿No vimos una juventud como aquella del 38 en Francia, vuelta de espaldas a los destinos de la patria, privada de fervor, indiferente a los problemas de la justicia, sorda al golpe de la muerte y el exterminio?

¿No era en Francia, señora del patriotismo, de la lealtad a la tierra bien amada, donde con mayor aliento florecían los traidores?

¿Y no encontráis que otro día la palabra empeñada con España se quiebra por los mismos hombres de la izquierda, del frente popular, y se abandona y se entrega a la España martirizada para que ella tuviese que debatirse, con todo heroísmo, pero también con toda la angustia de quien se ve traicionada por sus hermanos? ¿No veis que un día la China es invadida, que tiene pacto y los pactos no se cumplen, porque la palabra internacional nada vale y porque el significado moral de ella no se tenía en cuenta? ¿No veis otro día que hay un pueblo que se llama Etiopía y que la palabra empeñada con ella tampoco nada vale? ¿Y no encontrasteis una vez a la política inglesa, aquella que decoró el genio del hombre que la guía actualmente con maestría insuperable, dedicada a facilitar a Hitler la financiación, con el único propósito de que un día tuviera la humanidad el drama de una Alemania bárbara enfrentada a Rusia, so pretexto de acabar con el comunismo, mientras se aspiraba a permanecer como simples espectadores sonrientes y alegres? ¿No veis que por todas partes el ambiente era el mismo? ¿No observáis que los viejos conceptos, que gente pueril quisiera despreciar llamándolos despectivamente burgueses, como si no fueran vitales, el viejo concepto del honor, el viejo sentido de la lealtad, van convirtiéndose en objetivos de ironía cuando no de desdén o de asco? ¿Y no encontráis que ya la juventud no tiene como camino para su victoria la capacitación sino la audacia? ¿Qué le piden todos estos pueblos a la juventud, los de Indoamérica y los otros, aun cuando en menor escala? Le piden esfuerzo, le dicen que no es posible conseguir los fines de la vida sin un bravo trajinar, sin una voluntad desvelada, sin una virtud empeñosa, sin un esfuerzo realizador.

¿No encontramos que el hombre defiende públicamente causas que le producen asco en el fondo de su conciencia y no sabemos que se ha inventado hasta un lenguaje para que sirva como hoja de parra para ocultar tales vergüenzas y que se llama táctica o estrategia?

No, no nos equivoquemos y sepamos aceptar el hecho, el fenómeno: el mundo está viviendo una revolución. La revolución no será detenida ni el ciclo histórico dejará de cancelarse porque ésta y no otra sea nuestra pretensión arbitraria. Si los hombres, y especialmente los hombres jóvenes de este país, quieren prestarle servicios a la república, si no quieren que en vano se haya derramado tanta sangre heroica en otras tierras, que vayan estudiando y preparándose para analizar los problemas y adaptándose al mundo que les va a tocar regir.

Fascismo y sovietismo: vitalismo biológico y lucha de clases

Y aquí llegamos a otro aspecto del tema que estoy tratando. Es tan indispensable la diferencia entre fenómeno y concepto, la posición de alerta contra el prejuicio y la necesidad de análisis desprevenido del acontecimiento, que yo probablemente voy a encontrarme en desacuerdo previo –porque creo que al final estaremos de acuerdo–

con la mayor parte de la gente que me oye. No son pocos los que suelen hacer esta afirmación categórica: ¿qué diferencia puede existir entre fascismo, que es una dictadura, y el sovietismo, que es otra dictadura? Fundamentalmente –dicen– son dos naciones dictatoriales, dos naciones intervencionistas, que en esencia tienen el mismo tipo de gobierno y corresponden al mismo tipo de Estado.

Conceptualmente, ideológicamente, el sovietismo y el nazismo son dos doctrinas fundamentalmente desacordes. Enunciemos sus doctrinas a la ligera, comparando cada uno de sus elementos con el elemento que corresponda al del otro sistema. Principio fundamental básico del fascismo es lo que podremos llamar -y creo que es Benes quien así lo apellida- vitalismo biológico.

El fascismo supone, o cree, que la vida es por esencia lucha y que en esa lucha no sólo no está mal que el débil perezca a manos del fuerte, sino que corresponde a la realidad biológica. Este es el principio básico fundamental del fascismo y del nazismo que son una misma doctrina. De manera que la lucha tiene un fin en sí misma: vence el más fuerte y debe ser vencido y desposeído el más débil. Vayamos a la concepción comunista en este caso. ¿Qué sostiene el comunismo? Sostiene que la lucha es un medio, pero no la realiza ni la concibe como una permanencia vital de la especie. Es un medio para un fin futuro y lejano; o sea, la capacitación personal para dirigir los propios actos sin la intervención de una voluntad estatal y reguladora. La lucha no la concibe biológicamente, para que el fuerte destruya al débil, sino al contrario, la concibe como una lucha de clases para que el hoy débil destruya al hoy fuerte, a fin de hacer la igualdad. De lo cual se deduce –y aquí no estoy hablando ya del fenómeno ruso, sino del comunismo– esta profunda diferencia con el fascismo: la lucha es entre clases, y la lucha es intermedia para que no haya clases y cese la lucha.

La guerra por la guerra y la guerra por la paz

Segunda diferencia: el fascismo por esta realidad de vitalismo biológico que es su fondo primordial, no sólo no repudia la guerra, sino que ama la guerra, ennoblece la guerra y la acepta como uno de los constitutivos esenciales de la sociedad. ¿Por qué? Porque si la vida es lucha y en la lucha debe vencer el fuerte sobre el débil, para lograr la raza superior, para que el hombre eleve a la especie por su superioridad misma, entonces la guerra, que es el momento culminante de esa depuración sociológica y biológica, no sólo no es repulsiva, no sólo no es repudiable, sino al contrario, aconsejable como uno de los elementos de culminación para realizar ese fin biológico y sociológico que persigue el fascismo. Vayamos al comunismo. El comunismo no sólo no ama la guerra en cuanto es un medio momentáneo y transitorio para acabar con la posibilidad de guerras entre las diversas clases y razas de la humanidad para realizar la justicia social, etc.,. Sobre esto hay antecedentes de las personas más desprevenidas en cuanto al sovietismo se refiere. Citaría al respecto el libro de John Dacies, embajador de los Estados Unidos en Moscú, que advierte en sus primeras páginas que a él no sólo no le han convencido las doctrinas soviéticas, sino que sigue enamorado de las doctrinas capitalistas. Acepta como punto fundamental el papel pacifista que Rusia jugó en la

preguerra y, juzgado honorablemente, ese es un hecho que la historia no puede desconocer.

La inteligencia y la voluntad

Tercer punto de diferencia fundamental: si la guerra es una necesidad para el fascismo, porque es una expresión del vitalismo biológico, entonces, ¿cuál es la virtud predominante, la que debe merecer toda la pleitesía dentro del órgano social? ¿Será la inteligencia, será la razón, será el saber, será la mente? No. Hay una cualidad primordial para el fascismo —y quien haya leído libros de Hitler y de Mussolini lo sabe— y esa cualidad esencial es la voluntad. ¿Por qué? Porque lo fundamental es la lucha, y la lucha se hace con hombres de voluntad, se hace con elementos físicos plenos y, al contrario, la parte intelectual y racional antes que servir de empuje sirve de contención y de límite. El fascismo coloca la inteligencia en puesto secundario y coloca en puesto fundamental la voluntad. Rusia no. Rusia coloca, a pesar de todos sus defectos e injusticias —ya hablaré de ellos— la inteligencia y el saber cómo los supremos dispensadores de la actividad social. Rusia es el único pueblo del mundo donde los sabios, los poetas y los artistas no tienen la libertad de morir de hambre, porque hay un Estado que las paga para que puedan pensar y para que puedan crear. Y no haya necesidad de ser comunista para reconocer estas verdades. El fenómeno ruso es demasiado grande ya en la historia de la humanidad para que las democracias puedan cerrar los ojos ante él y no aprovechen las lecciones, en lo que sean aprovechables, que están recibiendo.

Nacionalismo e internacionalismo

Cuarta diferencia: necesariamente el fascismo tiene que ser nacionalista en el sentido de fuerza agresora de los pueblos inferiores. Como se parte de la base de que sólo se debe conservar la raza superior, no sólo no está mal sino que, al contrario, está muy bien que dirija y subyugue a las razas inferiores, porque eso corresponde al proceso biológico y sociológico-moral. Por eso es nacionalista y por eso el mundo debe girar en razón de su propia estructura y de su propia grandeza. Este es un cargo que no le podéis hacer a Rusia. Las razas para este Estado, como fenómenos, y para ese Estado como doctrina, son absolutamente iguales. Y por eso no puede ser nacionalista, y no es nacionalista en el sentido expansivo. Al contrario, es internacionalista, tiene una trayectoria contraria al fascismo.

¿Hay democracia en Rusia?

El juzgar a través del preconceito priva al entendimiento humano de sus posibilidades analíticas y hace desaparecer categorías y distingos sin los cuales no es dable el sentido de la orientación adecuada en los fenómenos sociales. Probablemente muy pocos de quienes me escuchan están resueltos a admitir que

en ciertos aspectos Rusia es una democracia que ha superado el tipo de las democracias corrientes, así como las democracias actuales tienen aspectos en los cuales han superado a otros muchos de la Rusia presente. ¿A quién se le podría hacer pensar que pueden compaginarse en ciertos aspectos estas dos palabras: Rusia Soviética y democracia? Muy difícil parece. Sin embargo, yo creo que va a ser muy fácil. Tengo que hacer para eso una distinción, que no suele aparecer con frecuencia. La sociedad jurídicamente organizada es lo que llamamos un Estado en las democracias. El Estado tiene órganos, y a través de los órganos se desarrolla una función similar a lo que acaece en el organismo individual.

Tenemos por eso el órgano llamado legislativo, o sea el encargado de hacer las declaraciones de derecho dadas por medio de las leyes; el ejecutivo que, como su nombre lo indica, ejecuta las normas de derecho dadas por medio de leyes; y el judicial, encargado de desatar las controversias. Y entonces podemos encontrarnos en frente de situaciones actuales de apariencia paradójica ya que la vida en lo individual, como en lo colectivo, no determina modalidad de tipo orgánico.

¿Pero estamos igualmente seguros de que en las democracias los órganos del Estado tengan siempre una formación democrática y actúen con función democrática? O, al contrario, ¿se nos puede presentar el problema, interesante por demás, de órganos democráticos formados antidemocráticamente que estén actuando con función antidemocrática? Y no faltaría un aspecto contrario e inquietante. Desde luego yo no podría aseverar que la Rusia soviética tenga una organología estatal democrática, pero me pregunto si podría elevarse ante nuestro criterio desprevenido el hecho de que haya un órgano dictatorial que esté dando una función democrática en ciertos aspectos. En una palabra, que lo apasionante del tema sería saber si hay órganos democráticos con función antidemocrática y viceversa.

¿Hay democracia en Colombia?

Me voy a referir al órgano legislativo, el encargado de hacer las leyes en Colombia. ¿Es democrático o no? Como órgano, sí. Pero en el sistema de su formación, no. De acuerdo con nuestra Constitución y con todas las constituciones de tipo democrático-liberal debe ser elegido por el pueblo. Es característica de la democracia liberal ser eminentemente representativa. ¿Representativa de quién? Desde esta tribuna se ha citado ya varias veces una definición bastante formal, de poco contenido, pero que en todo caso da una idea aproximada del fenómeno. La democracia, según el gran norteamericano, es el gobierno del pueblo y para el pueblo. Desde luego, ¿pero el pueblo es uno? ¿Es que en el pueblo no habrá unos que tienen —como diría Juan Lozano y Lozano— la sartén por el mango, mientras los otros nada tienen? Para el pueblo sí. ¿Pero para qué parte del pueblo funciona? Por el pueblo ya es más difícil. Pero, repito, que como noción descriptiva es bastante satisfactoria. Se trata de un sistema representativo del pueblo, aun aceptando la relatividad del concepto. Quiero dar un ejemplo de esta antinomia, no para renegar de la democracia, sino con el anhelo de que ella no reniegue de sí misma. En Colombia el órgano legislativo se

forma por la elección de todos los ciudadanos mayores de 21 años. Veamos en la realidad cómo se desenvuelve la función democrática. Voy a leerlos el número de ciudadanos inscritos; es decir, el de aquellos cuya opinión es democráticamente indispensable, y el de quienes en realidad han votado. En 1937, de 1.957.106 inscritos, sólo votaron 521.784; en 1939, de 1.765.961 inscritos sólo votaron 911.427; en 1941, de 1.933.345, sólo votaron 829.435; y en 1943, de 2.224.389 inscritos, sólo votaron 776.775.

A medida que la cedulação aumenta disminuyen los electores. Así funciona la democracia colombiana en 1943. Nueve millones de ciudadanos están representados por 776.000. Y he partido de la suposición de que todos estos votos son honorables, que en su totalidad son libres, que no hay presión ni oficial ni privada y he descartado el factor propaganda de que es economía, dinero incentivo que en la vida moderna juega un papel definitivo en la formación y orientación de los movimientos colectivos. Y, sin embargo, me encuentro ante un órgano democrático originario de una función propiamente antidemocrática. Suele en estos casos cargarse a la cuenta de la democracia como sistema, lo que es apenas su simulación. Lo justificado no es el rechazo del sistema, sino la necesidad del valor para elevarlo al plano de la realidad.

La simulación, para no resolver los problemas

Aquí nos hallamos con el único defecto primordial de la democracia, el que le es inherente. La democracia, como lo acabamos de ver, es ante todo la consulta de la opinión pública. Alguien decía con frase muy hábil que la democracia es un sistema que ha hallado mejor contar cabezas que cortarlas. Pero entonces encontramos un muro que solicita grandes fuerzas de energía para superarlo. Los grandes problemas centrales son puestos al margen de la vida de los pueblos democráticos. ¿Por qué? Por una razón de orden psicológico-social. Los dirigentes del partido o del Estado tienen que buscar ante la opinión. Es su deber y su obligación. Pero si plantean los problemas fundamentales necesariamente tendrán conflictos, división. Y como los hombres más fácilmente se ponen de acuerdo sobre las cosas triviales que sobre las trascendentales, la actuación de los partidos tiende a la relajación de lo fundamental para cambiarla por la simulación de sus soluciones. Viene el reemplazo de la obra por la frase sobre la obra y hay que realizar poco, porque toda la realización desde luego rompe intereses, levanta protestas, trae desigualdad en la opinión de los hombres. Si se trata, por ejemplo, de los problemas de la tierra, se simula el problema de la tierra, para no tomar a fondo el problema de la tierra, que traería grandes divergencias. Nosotros tenemos en Colombia caso típico de la simulación sobre este asunto. Nosotros teníamos el problema de los títulos heredados en los tiempos de la Colonia. Aquellas tierras no fueron cultivadas por nadie, y hubo bravos hombres, denodadas gentes del campo que invadieron terrenos, les dieron vida económica, otorgaron a la tierra una calidad de que aquella carecía y para ello entregaron cuanto de sí tenían. Pero había gentes con títulos de tierras que no conocían, miles de hectáreas que se alegaban ante las autoridades y ante los tribunales. Era una pugna entre el título y el hombre que tenía la tierra y la había enriquecido con su trabajo. Se creó un ambiente

y empezó entonces a hablarse de ideas de izquierda, cuando no era sino una lucha en defensa, ni siquiera de una idea socialista, sino simplemente del reconocimiento elemental del derecho del hombre. El ambiente se había caldeado y las multitudes sentían que allí había un tema en realidad y que aquello tocaba sus carnes como un problema esencial a su destino. No era posible callar aquellas voces, no era posible detener la tormenta que se cernía a través de todo el país; era necesario calmar a aquellas multitudes. Pero del otro lado había fuertes intereses de gente de influencia y era necesario no provocar la reacción; era necesario simular, como se simuló, y hablar de una revolución de la tierra, cuando el estatuto expedido representaba un gran perjuicio para las masas campesinas de Colombia.

Ni de Nariño, ni de Caldas, ni de Cundinamarca, ni del Huila, se les había podido sacar de sus tierras a los campesinos en virtud del viejo estatuto jurídico, pero llegó al estatuto radiante, el estatuto de la propaganda, y con él se pudo poner en la calle, como se les puso, a todos los ocupantes trabajadores. Ahí tenéis un ejemplo de órgano democrático con función antidemocrática. De lo cual no se puede concluir en un rechazo del sistema, sino en una superación de sus hombres para afrontar la lucha en defensa de la equidad de la obra a sabiendas de que toda la reforma crea una situación conflictiva que no puede ser esquivada con la sensualidad del poder por el poder mismo.

A la desigualdad por la justicia

Quiero anticipar ahora con visión panorámica, ya que en el desarrollo de esta exposición tendré la oportunidad de hacerla circunstancialmente, un ejemplo de función democrática en un órgano dictatorial.

Las gentes –vosotros, todos nosotros– solemos entusiasmarnos con Stalingrado y sentimos que pasa por nuestro espíritu una racha de cálida admiración por su epopeya sin precedentes en la historia. Sabemos que los bravos hombres de Rusia, que sus abnegados y heroicos marinos han realizado hazañas sin par; nos estremece y nos emociona el Ejército Rojo, y todos los hombres se descubren al paso de sus legiones victoriosas. Sí, todo eso es cierto, lo sabemos. Pero los hombres miran en este caso lo menos importante, que es el efecto, y no vuelven los ojos a la causa para saber qué podemos beber de esa fuente. Olvidamos que una guerra moderna tiene su respaldo en la retaguardia, que no se puede realizar sin ciencia, sin fábricas de aviones y cañones, sin un grande abastecimiento, sin técnica en la economía, sin cultura; que un hombre oscuro y analfabeto no puede tener la conciencia de la libertad y que las revoluciones por la libertad no las han hecho los oprimidos, sino los conscientes de la opresión. Si volvemos la vista hacia atrás, es allá donde podemos encontrar, y yo la encuentro, la razón fundamental de lo que tenemos que aprender. Afirmando que la grandeza del pueblo ruso la ha dado ante todo la función democrática auténtica.

Max Werner escribió un libro, *La gran ofensiva*, título que realmente no corresponde a la seriedad de su contenido. El autor, más que un hombre enterado es un técnico en materias militares. Demuestra en su sesudo y completo estudio que las grandes victorias del ejército alemán, no han sido solo por el inmenso valor de sus soldados, que está fuera de toda ponderación; no ha sido tan sólo el poderío económico y humano con que cuenta aquel país; han sido especialmente por su superioridad actual en materias militares, aunque ella perteneció siempre al ejército alemán porque es un pueblo militar por naturaleza y tiene sedimentos atávicos y esenciales que lo dotan como a ningún otro de los elementos de la mejor estrategia y de la mejor táctica. Pero ha habido un momento en el cual fue superado en la ciencia de guerrear. Sepamos cómo es posible ese fenómeno, cómo es posible que al comando nazi lo haya superado alguien en aquello que es el especial dominio de su mentalidad por historia y por ambiente. Veamos quienes han realizado ese milagro, quiénes han dado un índice superior al índice de la ciencia militar alemana. Hace veinte años Zhúkov, Timoshenko, Voroshílov y tantos más, eran simples obreros campesinos. Y, sin embargo, esos campesinos u obreros de hace veinte años han llegado a dirigir y a mandar. ¿No advertimos la tremenda lección? Ellos no tenían influencias económicas ni sociales, entre otras razones porque la revolución las había barrido, y pudieron obtener destacado relieve. ¿Pero cuál fue el medio para tal ascenso? Si los campesinos y los obreros de ayer han demostrado ser hoy poseedores de una riqueza científica superior muchas veces a la del comando alemán, es porque la capacidad personal, la dedicación estudiosa y el trabajo que ambas cosas suponen, fueron reconocidos y estimulados. Quiere decir que ha actuado un sistema en virtud del cual los convencionalismos han sido separados por el intrínseco valor humano.

Pues a ello lo llamo yo, lo tenéis que llamar vosotros, lo tendrán que llamar todos, función democrática, porque la democracia está hecha precisamente para eso, para defender la capacidad de todos los hombres, proporcionándoles igualdad de oportunidades en lo económico, en lo intelectual y en lo moral. ¿Qué eso lo ha producido un órgano dictatorial? Sí, evidente, pero la función es democrática. ¿Quién me negará que ese es el fin de la democracia: no la igualdad, sino la desigualdad a base de la autenticidad de los méritos? La desigualdad a la cual se llega por el camino de la justicia, al revés de lo que muchas democracias presenta; o sea, la injusticia a través del camino de la desigualdad.

Por la ciencia a la democracia

Hay un pequeño libro titulado *Las montañas y los hombres*, de Ilin, que es el mejor tratado para comprender el desarrollo extraordinario de la Rusia presente. Se nos enseña allí que el objetivo primordial de la administración del Estado debe localizarse en la solución de los problemas objetivos, reales, del bien común. Y que ello no puede hacerse sino previo el estudio científico, voluntarioso y denodado. Con criterio de largo alcance, sometido a un plan. Comisiones técnicas que se han repartido por todas las partes del mundo –inclusive a Colombia llegaron– para recoger, por ejemplo, las diversas clases de trigo; realizar experimentos posteriores hasta lograr

para su pueblo el tipo que corresponda a la zona nórdica, a la zona media o a la zona meridional; hombres llenos de fe que enseguida de una gran labor estudiosa se encargan con la hidrografía para colocarla al servicio de la colectividad y al futuro de un pueblo en común; mientras otros luchan con los elementos mismos de la naturaleza de los campos. Y así en todos los órdenes. Ese mantener en la mente la idea de superarse en beneficio de la grandeza patria, de convertir la política en herramienta de construcción real, de reemplazar el juego estéril de la mecánica política por el apasionado y tesonero y vehemente empeño del servicio público, es orientación que tiene que llevarse la voluntad de todos los hombres, es función democrática aun cuando el órgano no sea democrático. Y es, por último, lección que no podemos rechazar en aras del preconcepto, aporte que debemos aprovechar para que nuestra democracia futura, que goza del gran privilegio de libertad de conciencia y libertad política, no continúe mutilada como hasta ahora por la falta de coraje para conquistar la libertad económica.

Resolver esa integración no es fácil, pero es obligatorio. Y digamos que es de nuestro deber, para tales fines, conocer y reconocer el fenómeno ruso, que es una realidad de donde podemos sacar fuerzas de didáctica eficacia. Debemos examinarlo objetivamente y adaptar sus lecciones en lo adaptable,

Hombres compuertas y hombres banderas

Aquí debo suspender para continuar en la próxima conferencia. Pero no lo haré sin antes decir que yo no comprendo cómo nosotros podamos ser indiferentes al gran drama de una revolución y de un cataclismo como el que estamos viviendo. Yo no concibo a los hombres, y sobre todo a la juventud de mi pueblo, sin el ánimo sobrado para decir a las juventudes que sacrifican su vida y empapan con su sangre moza el haz de la tierra, que por lo menos estamos creando una conciencia para la vida nueva, para que tanto dolor y tanto sacrificio no sean estériles, sino fecundos para el bien de los hombres. Yo no comprendería, no puedo entender cómo, si bien es verdad que nuestros fusiles no disparan contra las hordas del fascismo, por lo menos no estemos entregados a moderar nuestro espíritu para la buena nueva.

Cierto es que hay dos tipos de hombres: el hombre compuerta, hecho para colocarse contra la corriente que golpea, y que nada valdrá en nuestros tiempos porque la corriente es demasiado fuerte y la compuerta del prejuicio demasiado débil; y el hombre bandera, que se eleva sobre la cumbre, no para detener el viento, sino para demostrar el sentido de su dirección. Que la juventud de mi país no sea indiferente ante el gran problema por el cual se lucha en esta revolución –que no es sólo una guerra– y que sea bandera de fe que indique el rumbo de los nuevos tiempos que son los de la justicia social.

Veinticinco años que valen por siglos

Señoras y señores: decía en mi conferencia anterior que no debe sorprendemos el hecho de que entre el ideal de un movimiento y el fenómeno mismo haya disparidad o desarmonía, en cuanto el ideal tiene tres dimensiones –presente, pasado y, sobre todo, futuro–, en tanto que en el fenómeno sólo hay presente y pasado y, por tanto, nos puede llevar a equivocación el interpretar el fenómeno sólo en razón del ideal que lo anima.

Dada dicha premisa tenemos que enfrentarnos, y se enfrenta el mundo actual, a una realidad definida: el fenómeno ruso. Tremendo fenómeno, por cuanto se ha realizado en Rusia algo que quizá no tiene parangón en la historia. Para que Roma llegara a la cúspide de su poderío, no menos de seis siglos fueron indispensables. Largo trasegar histórico fue menester para que Inglaterra consiguiera la posición que ocupa, lo mismo que Francia y que los Estados Unidos, aun cuando en este último país el fenómeno se hubiera presentado en forma más presurosa y rápida.

Tenemos un pueblo no sin cultura, como algunas gentes sostienen, sino con una cultura oligarca, moviéndose en una inmensa extensión inculta. Y en el curso de veinticinco años ese pueblo pasa de las más primitivas formas de la técnica, de las más elementales ecuaciones culturales de la colectividad, de la restringida potencialidad del comercio, de la industria y del poderío militar, a ocupar posición de par entre las primeras naciones de la tierra. Este es un hecho escueto, inquietante, conmovedor. Este es el hecho y contra ese hecho nada vale el prejuicio. Por el contrario, ese hecho obliga a las gentes a indagar cuál es la razón o causa que haya permitido efectos de tan deslumbradora y eficaz trascendencia.

Desde luego, no bastaría para explicarlo la particularidad típica del pueblo ruso, que algunos alegan para disminuir o atenuar la grandiosidad del fenómeno. No basta aducir que Rusia es un pueblo de modalidades psíquicas especiales en la historia por ser íntegramente místico. Claro que la línea cenital de la psicología rusa es, sin duda alguna, la mística, como la línea cenital de Inglaterra es la política, como la de Alemania es la milicia, como la de Francia es la penetración crítica, como la de Italia es la potencialidad creadora artística, como la de España es el heroísmo y como la de los Estados Unidos es la técnica.

La pasión: mística en el hombre ruso

Todo esto es cierto y aún podríamos ir mucho más lejos, sin que el análisis nos permita menguar la dramática grandiosidad mística tanto en intensidad como en latitud. Sabemos que sólo puede hablarse de misticismo cuando hay una gran perspectiva interna, una gran potencialidad interior; sabemos que místico no es simplemente el apasionado, ni mucho menos el emocional; como también sabemos que nuestros pueblos son simplemente emocionales, que fulgulan a las incitaciones instantáneas, pero que esta fulguración no persiste en el tiempo ni en el espacio y

que representa una simple respuesta a las llamadas del mundo externo; sabemos que no se puede comprender el misticismo si no lo concebimos como una idea central alrededor de la cual giran fatal y estremecidamente todos los valores y todas las inquietudes del espíritu. Diríamos que es a la manera de un remolino en torno de cuyo eje la idea amada se agita y gira con toda la vehemencia ideal del ser. Diríamos que es verdad que el objetivo puede cambiar, pero que hay una fuerza interna que, asimismo, tiene potencialidad para enamorarse de uno o de otro objetivo, siempre dentro del impulso integral, del culto exclusivo de lo amado, de lo sentido o de lo pensado. Es la idea alrededor de la cual se conjugan todos nuestros afectos, todas nuestras aspiraciones, todo nuestro temperamento, todo nuestro querer. Por eso tiene los caracteres de ánima, estremecida, ansiosa, anhelante, que corre tras un solo objetivo y que por correr sólo tras él es lacerante, dolorosa como toda gran pasión; dolorosa porque el alma embebida todo lo entrega haciendo que las cosas externas se hagan leves y pálidas en frente de la tormenta sacrificante de lo interno. Diríase que para el místico el galopar de la sangre entre las venas olvida el tiempo y sólo conoce el lenguaje de la eternidad.

Nunca ha sido diversa la perspectiva psicológica del pueblo ruso. Lo dicen las creaciones de Pushkin a Dostoyevski, de Andréiev a Chéjov y Gorki, y aún de los escritores de la nueva era, a la manera de Shólojov en *El Don apacible*. Encontraréis diversidad de objetivos. Un día será Raskolnikov con la tempestad interna que ruge bajo la necesidad de un homicidio; otro día será el adolescente con ansias de vengar en las realidades externas todo el dolor y la amargura de una vida cruel y egoísta; o bien será el cosaco que en aras de su amor engañado desvertebra las normas conocidas de su conducta. Y más tarde serán la justicia social, la necesidad de crear un Estado, de sacar de la penumbra, de la ignorancia, a un pueblo analfabeta para darle la luz de la instrucción; serán la batalla por la fábrica, la lucha por la nueva planta, el empeño arduo por la nueva calidad del trigo que dé pan a las multitudes; será el afán continuo porque la fábrica de automóviles o las fábricas de aviones del ejército ruso tengan la potencialidad soñada; será la lucha por conquistar el polo y por encauzar los implacables signos de la naturaleza; será la batalla en los laboratorios; será la lucha en los hospitales; será la nueva creación, motivos diversos, objetivos distintos, pero huracán interno, fuerza permanente, fuerza profunda, remolino inmutable, misticismo del alma rusa puesta a otros objetivos, mas siempre con la línea profunda del misticismo. No he olvidado ese aspecto, porque no se pueden olvidar los aspectos característicos de cada uno de los pueblos; pero con eso, y a pesar de eso, y sin eso, tenemos un fenómeno que por su evidencia debe invitarnos a la meditación, a sacar de lo que en él encontramos útil para nosotros y adaptable a nuestro modo, a nuestra capacidad y a nuestra modalidad. Y agregaré, por último, que nada de eso puede limitar el impulso de nuestra investigación ni nuestro temple admirativo, dado que esa fuerza mística siempre existió, pero sólo ahora pudo dar los resultados conocidos, lo cual significa que hay mucho de nuevo en la causa porque antes no conocíamos efectos semejantes.

Cuatro formas de la propiedad

Y es curioso hasta dónde el prejuicio –y por algo lo analizaba aquí en mi anterior conferencia– desconcierta en la historia: el más alto comando científico que puede llegar a desvirtuar los fenómenos y los hechos. La mayor parte de vosotros habéis oído hablar de la propiedad en Rusia, pero, desde luego, os lo han dicho exclusivamente en el ideal comunista imaginado; es decir, en la negación de la misma, en la consiguiente supresión de los estímulos individuales y en el aniquilamiento de la inteligencia y del sentimiento personal del hombre. Lo único que se había escapado bajo el alud de tanta imaginería era la realidad rusa, el fenómeno ruso. Volvamos entonces a la humilde y fecunda verdad. ¿La Propiedad en Rusia actualmente es una modalidad homogénea en virtud de la cual ha desaparecido la propiedad individual? No. En Rusia –voy a decirlo sintetizado– tenemos cuatro formas de propiedad. En primer lugar, la de los medios de producción, como fábricas, empresas municipales, bancos, etc., que es del Estado, que éste detenta o administra a nombre de la colectividad o, más exactamente, de la dictadura del proletariado. Segundo, la propiedad de las cooperativas y los koljoses y asociaciones cooperativas, los cuales tienen el dominio eminente, como dirían los juristas, sobre su tierra y medios de producción. Tercero, –y aquí comienza la primera modalidad de propiedad individual– la de cada una de las familias que residen en las cooperativas y koljoses, y que tienen la pertenencia de la tierra aldeaña a su casa, la cual también les pertenece, y de los elementos de producción aptos para la explotación de esa misma propiedad familiar, y de los ganados y demás elementos, como semillas, etc. Pero además de esta gradación de propiedad familiar, tenemos una propiedad individual, representada por los ahorros, economías y riquezas obtenidos individualmente, por lo que directamente se trabaje, sin explotación del hombre por el hombre.

Y hay una característica, que parece como paradójica para las gentes que sólo juzgan estos problemas, o bien con el preconcepto favorable integral. Esta característica es la de que para esta propiedad familiar y para la propiedad individual, el único país del mundo que ha elevado a categoría constitucional el derecho de herencia es el Sóviet ruso. El artículo diez de esa Constitución dice: "El derecho de los ciudadanos a la propiedad personal sobre los ingresos y ahorros, provenientes de su trabajo, sobre la casa-vivienda y la economía doméstica auxiliar (propiedad familiar), sobre los objetos de la economía y uso domésticos y sobre los objetos de consumo y comodidades personales, lo mismo que el derecho de herencia de la propiedad personal de los ciudadanos, están protegidos por la ley".

¿Igualdad o desigualdad?

Conviene saber y averiguar en qué forma y de qué manera se estimula y funciona el rendimiento de estas riquezas. Porque me anticipo a sostener otra cosa que parece también paradójica y que en realidad tampoco lo es: la única Constitución que ha disciplinado la desigualdad económica del hombre es la Constitución Soviética. Además, no hay –como lo vamos a ver– ni ha habido un pueblo que fundamente más

rigurosamente su disciplina colectiva y su actividad sobre el hecho hombre y sobre el hecho individuo que el movimiento soviético ruso. Y así el artículo 12 de la Constitución dice: "El trabajo en la URSS es, para todo ciudadano apto para el mismo, un deber y una honra, de acuerdo con el principio "el que no trabaja no come". En la URSS se realiza el principio del socialismo "de cada uno, según sus capacidades, a cada uno según su trabajo". ¿Es éste un principio igualitario o es la institución constitucional de la desigualdad de los hombres en frente de los beneficios sociales? Posteriormente haré un parangón con la Constitución adoptada por la Revolución Francesa de 1789, que sí consagró la igualdad. Pero me anticipo a formular esta pregunta: ¿en dónde hay mayor realización de justicia: en esta desigualdad sobre la base de las capacidades del esfuerzo o en una mentirosa igualdad teórica, que les niega a los hombres, en la práctica, la oportunidad de desarrollar sus propias capacidades y que cambia la igualdad de las oportunidades por la igualdad del oportunismo?

Creo que vamos fácilmente advirtiendo por qué hay un pueblo que en veinticinco años ha logrado realizar un progreso sin precedentes en la historia de la humanidad. Es que ese pueblo ha consagrado este principio, que debería ser y es base fundamental de las auténticas democracias: "el que no trabaja no come". Doctrina que es opuesta a la simulación de la democracia, que no es mala en sí –como aquí concluiremos– sino por la falsificación que de ella se haga y en donde muchas veces el que menos trabaja es el que más come.

La bondad de tal principio requiere una condición esencial, que es su aplicación. ¿Esa realidad ha sido cumplida en el fenómeno ruso, que no es lo mismo que el ideario comunista? ¿Es que al hombre que quiere trabajar le están negadas las puertas del trabajo? He aquí la primera aplicación. Si se establece la obligación del trabajo, se ha establecido la posibilidad actuante de trabajar. Nuestra Constitución también dice que "el trabajo es una obligación social". Sin embargo, muchos de aquellos a quienes les hemos dicho que el trabajo es una obligación social por muy felices se darían si al menos les aseguráramos que es una caridad social. ¿Está mal el principio constitucional nuestro de que el trabajo sea una obligación social? No. Lo que está mal es que el fenómeno no coincida con la norma. Lo que no está bien es que haya una organización que pueda agitar las ideas como un simple trapo de desviación de las mentes, pero que no cuajan en la evidencia de los hechos.

La pertenencia, la posesión, la oportunidad de poseer tiene en la Constitución soviética una condición indispensable: "de cada uno según sus necesidades". No de cada uno según las preeminencias, no de cada uno según la herencia de otros que trabajaron.

Sistema jerárquico y no oclocrático

Y aquí encontramos otro hecho también, al parecer, paradójico del fenómeno ruso y es que se trata de un sistema eminentemente jerárquico y no oclocrático, ya que las capacidades son distintas e integradas por elementos que unas veces no nos pertenecen

y que cuando nos pertenecen es debido al esfuerzo. Tenemos entonces una jerarquía. Desgraciadamente entre nosotros se ha solido predicar, por quienes sólo tienen un concepto bohemio de las transformaciones sociales, que todo lo que diga orden jerárquico y organización es antidemocrático y antipopular. Este principio jerárquico no está fundado ni puede estar fundado sobre ningún preconcepto, sino sobre una necesidad vital de organización de las sociedades modernas. Mientras la función no se compagine con un órgano apto para la función no puede haber buenos resultados; mientras, pongo por caso, un órgano encargado de legislar, de disciplinar la vida económica, social y jurídica de un país, no esté formado por hombres preparados para legislar en la industria, en la educación, en la economía, no puede haber una presentación democrática, porque la democracia no es número sino calidad, idea que a todos sirve y a todos beneficia, y la plenitud parlamentaria a nadie puede beneficiar y sí a todos perjudicar.

Hay quienes alegran a las gentes haciéndoles creer –y es tan banal y tan fácil– que si a un malo e insignificante abogado se le saca de su bufete, o a un insignificante médico de su consulta, o a un zapatero, a un mecánico, o a un electricista de su taller, y sólo por ser humildes económica y socialmente se les coloca en una lista de administradores técnicos de la cosa pública, se está haciendo con ellos democracia. ¿Cuál democracia? Una democracia que no sea capaz en su contenido y en su sustancia de servir los intereses de la colectividad no es democracia. ¿Acaso podemos aceptar el criterio individualista de la democracia en virtud del cual la gran mayoría debe sacrificarse para que un hombre de su clase, aunque inepto, llegue a una posición con perjuicio para la gran mayoría. Bastaría citar aquí algunas anécdotas que relata Wendell L. Willkie en su libro *Un mundo*, sobre conversaciones que él mantuvo con algunos de los trabajadores soviéticos y que nos dan exacta cuenta de cómo el fenómeno soviético ha sabido cumplir valerosamente los postulados de capacitación y rendimiento, lo que tal vez nos indica por qué encontramos este fenómeno que a todos desconcierta por su grandiosidad.

El real derecho al trabajo

"A cada uno según su trabajo", agrega el estatuto soviético. ¿Pero no es éste un principio de justicia? ¿No sería esto o, mejor, la aplicación de esto, lo que hizo confesar al Dean de Canterbury, Johnson, después de haber estudiado a fondo el fenómeno en ruso, y antes de que las victorias fulgurantes de ahora les hicieran abrir los ojos a los hombres; no sería esto, digo, lo que le hizo afirmar que en Rusia, por ciertos aspectos, se estaba dando cumplimiento al cristianismo? ¿No fue Cristo acaso quien dijo "a cada uno según sus obras", "a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César"? O, lo que es lo mismo: ¿de cada uno según sus capacidades, a cada uno según su trabajo?

Pero veamos cómo sigue desenvolviéndose este mismo principio a través de la Constitución. Examinemos la norma para la función. Hemos visto ya el principio, veamos ahora su desarrollo. Dice el artículo 118 del Capítulo X de la Constitución,

relativo a derechos y deberes fundamentales de los ciudadanos: "Los ciudadanos de la URSS tienen derecho al trabajo; es decir, a obtener un trabajo garantizado y remunerado según su cantidad y calidad". ¿Es esta la igualdad encaminada a acabar con la personalidad, que les roba a los hombres el estímulo para el éxito y les niega las posibilidades de la victoria a quienes mucho fuego y esmero ponen en ella? No. El ciudadano de la URSS tiene derecho al trabajo. He ahí el concepto. ¿Pero su expresión práctica está condicionada a qué? A la cantidad y calidad del mismo. Del concepto "derecho al trabajo" se pasa a la realidad humana y positiva. Lo cual se hermana con el primer principio teórico analizado, "según su capacidad", porque sólo con capacidad se tiene calidad y, "según la cantidad", porque sólo con esfuerzo y empeño se puede tener cantidad.

Dicha ahora la desigualdad en razón de lo que es y de lo que se produce, que no excluye la consideración de los méritos individuales, sino que, por el contrario, los eleva a categoría primordial, contra lo que la propaganda adversa ha afirmado respecto de la Unión Soviética, opera como norma sin excepciones y nos explica una de las causas, quizá la primera, del éxito prodigioso alcanzado en el progreso de aquel país.

Veamos su aplicación en el campo de la actividad política. El artículo 126 dice: "De acuerdo con los intereses de los trabajadores y a fin de desarrollar la *iniciativa de la organización* y la actividad política de las masas populares, queda asegurado a los ciudadanos de la URSS el derecho de asociarse en organizaciones sociales: sindicatos, asociaciones deportivas, organizaciones de la juventud, organizaciones deportivas y de defensa, sociedades culturales, técnicas y científicas. Los ciudadanos *más activos y más conscientes* (capacidad y esfuerzo) del seno de la clase obrera y de las otras capas de trabajadores se agrupan en el partido comunista (bolchevique) de la URSS, que constituye el destacamento de vanguardia de los trabajadores en su lucha por el afianzamiento y desenvolvimiento del régimen socialista y que representa el núcleo dirigente de todas las organizaciones de trabajadores, tanto sociales como del Estado". Es verdad que con esto se agrega —y esta es la parte en que los demócratas comienzan a encontrar razones de desacuerdo— la dirección política de la colectividad a un solo partido. Pero descontada esa objeción, ¿en razón de qué se permite que un hombre sea miembro de ese partido; es decir, unidad del organismo dirigente de un pueblo? En razón de ser de los ciudadanos, primero, más activos y, segundo, más conscientes; es decir, inteligencia y preparación porque no se puede ser consciente sin ser inteligente. Y la inteligencia sin cultura vale tanto como la inconsciencia. Tal norma va en grado ascendente hasta alcanzar la responsabilidad de los miembros del cuerpo colegiado. El artículo 142 dice: "Todo diputado tiene la obligación de rendir cuentas a los electores de su trabajo y del trabajo del Sóviet de diputados de los trabajadores y puede ser revocado en todo momento por decisión de la mayoría de sus electores, de acuerdo con el procedimiento establecido por la ley". Es una prueba más. Se exige la capacidad y la conciencia, pero como esa capacidad y esa conciencia en un momento dado pueden fallar, entonces se aplica el principio democrático —porque esta es función democrática— de la responsabilidad. Al contrario de la falsificación democrática, en virtud de la cual los delegatarios del pueblo, según la Constitución, no

sólo no tienen que rendir cuentas, sino que son irresponsables muchas veces no sólo en el sentido jurídico sino en el antropológico.

Si en la democracia un parlamento o los jefes de un país no son otra cosa que delegatarios de un delegante, que es el pueblo, ¿cómo se puede compaginar la verdadera función democrática con la irresponsabilidad? ¿Es que el delegatario puede hacer o ejecutar cosa distinta de la que le mandó el delegante?

Funciones democráticas con órganos dictatoriales

Y entonces yo concluiría, de acuerdo con la tesis que ya enuncié y que ahora mejor que nunca se evidencia, que nos encontramos con funciones democráticas en órganos dictatoriales. Yo sé que en la Constitución soviética hay un órgano dictatorial, algo que se llama la dictadura del proletariado, y que, por consiguiente, desde ese punto de vista, no podemos llamarla democrática, pero en cuanto a la función, en esto de consagrar que los hombres puedan ascender sólo por virtud de su capacidad y sólo por su propio trabajo, es de pura esencia democrática, ya que ésta tiene como misión defender la dignidad.

Y aquí me adelanto a una pregunta y a una solución: ¿qué debemos hacer? ¿Adoptar la dictadura u obligar a que los órganos democráticos sean leales con su fin? Del cual ofrece buen ejemplo la Constitución rusa. ¿Será antidemocrático que todo hombre tenga derecho al trabajo y que ese derecho no se convierta en simple norma vacua, irrisoria, de la Constitución escrita pero no aplicada en la realidad? Es claro que ante el dilema tenemos que decidimos no por acoger la dictadura, sino por la democracia funcional escarnecida al presente.

Veamos ahora, porque es interesante, cómo reglamentaba la Constitución francesa de 1789, en la cual se han inspirado todas las demás constituciones democráticas, la posición del hombre ante la sociedad. En su artículo 122 encuentro lo siguiente: "La Constitución garantiza a todos los franceses la igualdad, la libertad, la seguridad, la propiedad, la deuda pública, los recursos públicos, el libre ejercicio de los cultos, una instrucción común, la libertad ilimitada de la prensa, el derecho de petición, el derecho de reunirse en sociedades populares, el goce de todos los derechos del hombre. La república francesa rinde honor a la lealtad, al valor, a la vejez, a la piedad filial, a la desgracia. Ella coloca el depósito de su Constitución bajo la guarda de todas las virtudes".

Las Constituciones francesa y rusa

Difícilmente se pueden encontrar dos documentos –la Constitución francesa y la rusa– que nos revelen –y lo es natural– más esencialmente el proceso evolutivo de las épocas correspondientes. ¿Qué habéis encontrado en la Constitución rusa? Algo habla de las condiciones del trabajo, y se enumeran, en forma muy a ras de la tierra, los elementos

que constituyen, el derecho de los hombres, diciéndose, por ejemplo, lo siguiente en el artículo 7°.: “Además del ingreso fundamental de la economía koljosiana común, cada hogar koljosiano disfruta personalmente, conforme al estatuto de las cooperativas agrícolas (artels) de un pequeño terreno contiguo a la casa, y sobre este terreno posee en propiedad personal una economía auxiliar, casa-vivienda, ganado productivo, aves de corral y aperos de labranza menudos”. A los estilistas del derecho constitucional esto les debe parecer desconcertante. ¿Qué es eso de que en los principios básicos de un país figuren los aperos de labranza y aves de corral como norma fundamental de la organización nacional? No, los clásicos del derecho constitucional nos dirán que una constitución debe apenas decir: “La república garantiza la igualdad, la libertad, la seguridad, la propiedad, el goce de todos los derechos del hombre”. He ahí dos criterios, he ahí dos modalidades, que corresponden a dos ciclos absolutamente diversos de la concepción científica y de la concepción social.

Me parece que en la definición de estos grandes ciclos del criterio humano nunca se ha hecho una división más afortunada que la de Augusto Comte. Desde luego, como todas las divisiones y clasificaciones, ellas no tienen un valor matemático de contenido, pues apenas representan preciosos auxiliares para el método de investigación.

Durante un gran período el factor predominante como criterio fue el teocrático. El hombre tenía relaciones directas con la divinidad; el hombre recibía beneficios y rendía tributos directos, materiales, concretos. En el proceso de evolución del delito es en donde mejor puede hallarse el ejemplo de las características de este primer período. La norma de evaluación entre el bien y el mal no tiene todavía los caracteres de una conciencia o de un concepto sino que vive en razón de ser, en cada caso, agradable o desagradable personalmente al deseo o al querer de la divinidad.

Pero aquella relación casi física va transmutándose, va evolucionando hasta convertirse en una idea. Habrá un principio, habrá una norma, habrá una afirmación mental, habrá una afirmación moral que sustituye esta relación grosera del hombre y su creador. Tenemos entonces el período metafísico; es decir, subjetivista y por lo mismo trascendentalista y absoluto. Y tiene que ser absolutista por la razón aquí ofrecida en primera conferencia, de no derivar de la preeminencia del fenómeno sino de la potencia subjetiva de la razón, y no por ser absoluto tiende a ser único, homogéneo. Será Kant haciendo reposar la composición universal sobre la idea. Será el racionalismo, como base excluyente y taumatúrgica de la felicidad humana. La razón conforma y modela el mundo. O será el materialismo metafísico que querrá atribuir no ya a la idea, no ya a la razón, sino a la materia en sí la capacidad despejada y homogénea de toda la actividad cósmica. Siempre trascendentalismo.

Entonces lo importante será la concepción. Nunca lo importante serán los aperos de labranza, no será lo importante saber si el hecho económico hace posible o no la libertad y si la libertad ideológica es un mito sin la libertad económica. Eso no será lo importante...Eso es demasiado vulgar, demasiado pequeño. Es necesario remontarse en aras de lo trascendental. Entonces diremos: el hombre es libre, respetamos la libertad de conciencia, respetamos la libertad de pensamiento, respetamos todos los derechos del hombre...Pero las preguntas de quienes, humildes, se acerquen a la magnificencia del trascendentalismo y en su humildad diga: ¿Qué

es de la voluntad y qué es del sentimiento de un hombre roído por el paludismo? ¿Qué es de la conciencia y de la inteligencia de un hombre desnutrido, privado de los medios de aprendizaje y de instrucción? ¿Cómo va a vibrar esa alma roída por todas las debilidades? ¿Cómo va a funcionar ese organismo y dónde están los medios para que se resuelva? En tal concepción no habrá respuesta para esas realidades humildes, demasiado exiguas para la magnificencia trascendentalista. No habrá voces que descendan y se arrastren hasta tan pequeñas cosas. Marchaos, se les dirá, que ya tenéis y es mucho y es todo lo que podemos daros, la libertad de palabra, la libertad de conciencia, la libertad espiritual.

Libertad política de conciencia y de pensamiento, sí. Mas sólo como afirmaciones conceptuales consagraba el estatuto del 79. Pero no era posible cuando esta Constitución se escribió prever ciertos factores de la historia, porque aquellos llegarían más tarde. No habíamos llegado todavía al proceso de desenvolvimiento técnico. No es que la Revolución Francesa, como a veces suele oírse, merezca ser vituperada. Pero, ¡cómo vituperarla si era la etapa indispensable en aquel momento histórico! De igual manera que el capitalismo ha cumplido en su hora labor profunda en bien de la humanidad e indispensable para las posteriores evoluciones, y el feudalismo en su tiempo realizó misión ascendente en la marcha del progreso. Puerilidad inmensa la de quienes ante la obra de la Revolución Francesa, que ha dejado cimientos indestructibles para la posterior evolución humana, se vuelven contra ella como hijos desagradecidos. Sin esa evolución no estaríamos aquí inquietándonos por saber cómo ha de ser el futuro de los hombres y cuáles son las cosas que deben permanecer y cuáles las que deben derruirse.

La Revolución Francesa creyó asegurar las libertades con la simple declaración, le dio preeminencia total al poder de la razón, pero olvidó mucho el método deductivo, porque no había otro para conjugar los valores científicos. Sentado el principio –dijo– de ahí tendrán que derivarse necesariamente todos los beneficios que rediman a la humanidad.

Movimiento científico y método experimental

Pero comenzaba entonces, y se disciplinó luego, un movimiento llamado científico. Era el método experimental, era la inducción, era el derecho observado, comparado, repetido, que permitía a través de las experimentaciones, comparaciones y repeticiones de la realidad actuante, y por ello relativa. Y la característica esencial en lo social, como en lo jurídico, como en lo médico, como en lo psíquico, no es entonces la humanidad –concepto– sino el hombre, realidad viviente. No la libertad como concepto, sino los hombres a quienes hagamos aptos para los actos libres. No la propiedad, noción abstracta, sino el propietario que nos da la noción de la justicia o la injusticia, según que haya gozado o no de la igualdad efectiva de las oportunidades. Ha cambiado totalmente el rumbo, se ha modificado por completo el sistema, no podemos tener ya un conocimiento desarticulado del mundo. Lo tenemos que interpretar como una evidencia orgánica en la cual rige una interdependencia sin

excepciones entre los elementos más disímiles en la apariencia y sin embargo trenzadas en el ritmo de una común unidad. No hay cosas fraccionarias, desde el canto infinito de las esferas de que hablaba Goethe hasta la humilde vibración de la cédula, hay una relación que vive como principio de otros fines y fin de otros principios.

Sentados los principios de la Constitución francesa aparecieron condiciones y determinantes en el mundo externo que estaban fuera de la previsión de los hombres del siglo iluminado. Los descubrimientos de la electricidad, del vapor, de las mil formas técnicas, produjeron una revolución sustancial en las relaciones culturales, económicas y sociales del mundo. Dichas fuerzas tenían que actuar sobre el hombre, de la misma manera que el hombre actuaba sobre ellas. Refiriéndome a esa relación de causa a efecto y de efecto a causa que hay entre el medio y el hombre, dije aquí en mi exposición pasada que el hombre como individualidad poca cosa significaba ante el proteiforme fenómeno de la historia. ¡Qué poca cosa significan las grandes individualidades humanas si las parangonamos con el drama total de la historia! Pero al mismo tiempo qué gran cosa es el elemento hombre si lo analizamos en un cada momento, en un cierto espacio. Ante la historia, en la cual las voluntades y las capacidades son guarismos que se agregan a otros guarismos, escasea la posibilidad de precisar el aporte personal. Pero en el espacio el hombre sí tiene grandes potencialidades para condicionar el progreso del medio. El medio lo determina, lo nutre, lo llama, lo forma y lo orienta. El hombre recibe todas aquellas riquezas, pero las recibe en calidad de maravilloso laboratorio, para elaborarlas, para volverlas al medio, para tratar de modificarlo.

De la aparición de la técnica –decía– nacieron nuevos fenómenos que cambiaron el sistema de la producción y de la distribución de las riquezas. Los fenómenos técnicos de la producción no previstos por los iluminados geniales de la Revolución Francesa, ni antes de ella, se expresaron en tres modalidades al menos, siendo la primera su insospechado aumento. Con la máquina moderna la producción es inmensa y no puede compararse con la producción familiar antigua. Pero como fatal secuela de lo anterior se produjo la despersonalización del hombre con relación al trabajo.

Cuando la labor era manual, como todavía lo es en algunos de nuestros países, el hombre individuo representaba un valor preeminente. Pero con la presencia de la técnica, la mayoría de los hombres tiene que realizar mecánicamente una labor mecánica. En virtud de la máquina y de su consiguiente organización del trabajo el hombre se va despersonalizando, mecanizando; el hombre va perdiendo su responsabilidad y va siendo reemplazado por el mundo mecánico que él mismo creó. Y en vez de ser el señor de los acontecimientos, llega a ser el esclavo de los acontecimientos por él mismo creados. Mas no sólo se despersonaliza, no sólo lo invade la mecánica misma que él ha creado, sino que su retribución también se despersonaliza. Su salario, para la inmensa zona mayoritaria, no se otorgará en razón de condiciones individuales, que sólo por excepción son requeridas, sino con acomodo a superestructuras todopoderosas. El salario en vez de estar acomodado al hombre,

tendrá que estar acomodado a las necesidades económicas, financieras y técnicas, porque la producción es colectiva.

He ahí la gran contradicción de nuestros tiempos. Teníamos una economía de producción individual, con una distribución o reparto individual. Mas hubo un momento en que la técnica convirtió la producción en colectiva. Pero el otro extremo del fenómeno; o sea, el reparto, ha seguido siendo individualista. Es decir, que hasta ayer había armonía entre esos dos factores. Y hoy existe desarmonía.

Podríamos ascender en el análisis de los efectos producidos y encontraríamos que ellos han sido de naturaleza ilimitada. Son muchos los aspectos, pero nos basta cómo la transformación de la producción, cualquiera que haya sido el estatismo de los códigos, ha logrado convertir el concepto y el hecho mismo de la propiedad en algo impersonal, casi irreal, que nada tiene que ver con la práctica con las nociones clásicas del *jus fruendi* y el *jus utendi* que antes le servían de asiento. Tomemos una sociedad por acciones. Son mil, dos mil, cien mil, los accionistas; es decir, los pretendidos propietarios que cuentan en ella, los pequeños accionistas que pueden, sumados, constituir la mayoría. ¿Esos propietarios dirigen su propiedad, son propietarios en el sentido clásico? No. Habrá siempre una pequeña oligarquía con el control de la propiedad de otro, que actuará y dominará por los medios bien conocidos del capitalismo financiero, que nada sabe de la producción y, sin embargo, la domina.

Por la democracia hacia la libertad económica

La democracia conquistó dos de las libertades: la libertad política y la libertad de conciencia. ¿Vamos a renunciar acaso a ellas? No. Pero la democracia ha fracasado en el tercer aspecto; o sea, la seguridad económica. La cita del destino le dice que requiere una revisión fundamental en el tercer aspecto, porque la vida es coordinación y porque la libertad de palabra o la libertad de pensamiento pueden ser entelequias sin contenido vital si falta la seguridad económica.

Con el agravante de que entre las dos primeras y la última existe una radical diferencia en la parábola de su recorrido. La libertad del pensamiento y la libertad política son libertades, por así decirlo, de intrínseca naturaleza actuante. Esto es, que lo único que reclaman es la ausencia externa de limitación. Para expresar yo mi pensamiento, para dirigirme a un auditorio necesito de un hecho negativo: que el Estado no me prohíba hacerlo. Se trata de una libertad de dentro hacia afuera. Y la libertad política, que no es sino la ejecución y funcionamiento de la libertad de conciencia, del mismo modo sólo reclama que no se limite mi posibilidad de actuar de acuerdo con mi querer. ¿Pero qué sucede con la seguridad económica? Que es una libertad de fuera hacia adentro. No basta con que el Estado me diga que no me impide el que eduque, el que trabaje, el que posea. No basta que yo quiera trabajar, no basta que yo quiera externamente un medio positivo, una igualdad real de oportunidades, una colaboración actuante material. En una palabra, no la igualdad concepto, norma, que se traducirá en desigualdad preestablecida para un grupo, sino

la igualdad efectiva, positiva, de los medios económicos al servicio de los distintos hombres, los cuales derivarán de ellos distintos beneficios, como en la Constitución rusa analizada, según su diversa capacidad y su diverso esfuerzo. En otros términos, no la igualdad de los hombres ante los medios de producción, sino la igualdad de los medios de producción para los hombres.

Pero de ahí obtengo yo entonces otra conclusión. Para la libertad de pensamiento y para la libertad de palabra bastaba la concepción de la Revolución Francesa de la no intervención del Estado gendarme, del Estado vigilante, que dejaba transcurrir el proceso natural de los acontecimientos. Y era lógico para esas dos libertades, porque son libertades que van de dentro hacia fuera, según ya se explicó. Pero en lo económico, y también por lo expuesto, la posición tiene que ser diversa. Así, es el Estado el que tiene que intervenir, es el Estado, como representante de la colectividad, el que tiene que actuar; es la sociedad, jurídicamente organizada, la que debe dar medios. ¿Sobre qué base? ¿Sobre la base de una igualdad abyecta, sin categorías en cuanto a virtud, esfuerzo y talento? No, no es esa igualdad que consagró filosóficamente pero que no podía realizar la Revolución Francesa, sino la igualdad del criterio soviético que deja en manos del hombre la posibilidad de escoger el grado de su destino en función de la grandeza de la colectividad.

Como lo quiere John Strachey en su obra *Esencia del mundo nuevo, un móvil para luchar* y como lo creen cuantos sobre estas cosas escriben, es ese el punto que la democracia tiene que sortear. La guerra mundial del 14 al 18 triunfó militarmente y, sin embargo, la guerra del 18 se perdió. Había el pensamiento generoso de Wilson, pero era un pensamiento que armonizaba con el de las demás naciones o, mejor, con el de los gobiernos aliados.

Cierto es que hay que ganar la guerra, sí, pero victoria que no lleve un contenido ideológico de justicia, no es victoria que se gana, sino guerra que se pierde. No puede ni debe haber victoria si sólo ha de servir al imperialismo. No puede haber victoria si las batallas se ganan sólo para que los hombres sigan devorados por la tragedia mecánica, perdiendo cada día su individualidad. Por eso creo que la democracia tiene que hacer un esfuerzo eficaz. La democracia no puede ser inepta. Si los sistemas dictatoriales demuestran que son capaces de realizar las cosas, la democracia, que tiene una finalidad más completa, ha de ser tan capaz, tan enérgica, por lo menos, como las mismas dictaduras, para la realización de la justicia.

No es a la democracia a la que pueden achacarse los fracasos, es a la falsificación de la democracia. No es a la democracia a la que se le puede sindicar de incapacidad para manejar el mundo, es a las pequeñas oligarquías, ancladas en el prejuicio de los goces no ganados por virtud del esfuerzo, del mérito y del trabajo.

La democracia conquistó la libertad subjetiva. La democracia conquistó la libertad política. Es la democracia, por medio de la selección; la democracia, por medio de la fe; la democracia, por medio de un sistema que no se sienta satisfecho con el derecho como simple concepto; la democracia que tenga un criterio orgánico del mundo; la democracia que no olvide las realidades económicas y sociales, la llamada a la nueva

conquista, a la gran conquista: la del hombre desigual por el camino de la justicia distinto del hombre sometido a la injusticia por el camino de la fementida igualdad.
